



ENTRE LAS IDEAS
Y LOS HECHOS.
ANTIGÜEDAD CLÁSICA,
CULTURAS EUROPEAS
Y QUEHACER HISTÓRICO.
ESTUDIOS EN HOMENAJE
A JOSÉ CARLOS BERMEJO
BARRERA

FRANCISCO JAVIER FERNÁNDEZ NIETO
FRANCISCO JAVIER LOMAS SALMONTE (EDS.)



UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions



Calidad en
Edición
Académica
Academic
Publishing
Quality

ENTRE LAS IDEAS
Y LOS HECHOS.
ANTIGÜEDAD CLÁSICA,
CULTURAS EUROPEAS
Y QUEHACER HISTÓRICO.
ESTUDIOS EN HOMENAJE
A JOSÉ CARLOS BERMEJO
BARRERA

INSTRUMENTA  90

Barcelona 2025

ENTRE LAS IDEAS
Y LOS HECHOS.
ANTIGÜEDAD CLÁSICA,
CULTURAS EUROPEAS
Y QUEHACER HISTÓRICO.
ESTUDIOS EN HOMENAJE
A JOSÉ CARLOS BERMEJO
BARRERA

FRANCISCO JAVIER FERNÁNDEZ NIETO
FRANCISCO JAVIER LOMAS SALMONTE (EDS.)

 UNIVERSITAT DE
BARCELONA

Edicions



JOSÉ CARLOS BERMEJO BARRERA

Índice general

Introducción (Francisco Javier Fernández Nieto)	11
Prof. Dr. José Carlos Bermejo Barrera (5.11.1952): <i>Curriculum</i>	21
Asclepio y su dominio simbólico (Hugo Francisco Bauzá)	33
Geografía de Iberia, entre Polibio y Estrabón: los cambios de narrativa (Gonzalo Cruz Andreotti)	47
Razón y valores (o los compromisos de la democracia) (Manuel Cruz)	55
La historia de las religiones como opción truncada en la universidad postfranquista española (Francisco Díez de Velasco)	67
Costa, Antígona y el sentimiento dramático de la mujer (Guillermo Fatás Cabeza)	81
La obstinada fabulación de los Juegos Olímpicos (Francisco Javier Fernández Nieto)	91
Las últimas aventuras de Alejandro en tardíos relatos míticos (Carlos García Gual)	107
Historia y ficción: los autores de <i>Persiká</i> y la historia teórica (Manel García Sánchez)	113
Epifanías del pasado: ¿presencia o espejismo? (Enrique Gavilán Domínguez)	123
Tiempo histórico y duración social en la era del <i>Zoon Electronikón</i> (Vicente Huici Urmeneta)	135
Is Islam a constraint to nation-state building in Afghanistan? (Ali Kosha)	141
Edward Gibbon y su <i>Decline and Fall</i> en el pensamiento crítico europeo del siglo XVIII (Francisco Javier Lomas Salmonte)	157
La formación en la práctica del Derecho en las Universidades de España y Portugal a finales del siglo XVIII (Pedro Ortego Gil)	171

Sobre la historia teórica, la ética y los nombres de los muertos. Una aproximación a la obra de José Carlos Bermejo Barrera (Pedro Piedras Monroy)	187
La construcción de lo hispano en la historiografía anglosajona como oportunidad para una perspectiva decolonial (Israel Sanmartín)	201
El concepto de “crisis civilatoria” y su aplicación a la pandemia del COVID-19. Una reflexión de historia teórica (Francisco Vázquez García)	217
En torno al segundo viaje de Augusto a Hispania (16-13 a. C.) y sus consecuencias (Manuel Villanueva Acuña)	227
A propósito de fuentes grecorromanas en el <i>Mahabharata</i> e India, con Semmelweis en la memoria (Fernando Wulff Alonso)	239

INTRODUCCIÓN

En estos tiempos de tribulación, tiempos en que a remolque de la sociedad española (que es trasunto asimismo de un proceso de tabúes global y generalizado) ya se ha demolido la vida académica rectamente entendida, me permito iniciar el introito a este libro convocando a Scott Fitzgerald cuando confesaba trabajar “desde la autoridad que me otorga el fracaso”. Lo cual no significa que esa pujanza de mis sensaciones deba entenderse literalmente, sino que más bien refleja la necesidad de sacudir la frustración y el desengaño que amargan a buena parte de la generación coetánea del nacimiento, escualidez y ocaso del bluf democrático en España. Quede claro, así pues, que no por habernos coaccionado e increpado a menudo para que abandonásemos tantas y tantas esperanzas se pierde por ello algo de congruencia; muy al contrario, la serie obstinada de sucesivos desencantos forma la clave que fortifica la legitimidad de nuestros esfuerzos y quejas frente a los aludes provocados por los amoraes y los farsantes. Kavafis aconsejaba que cuando vayas a iniciar tu peregrinación hacia Ítaca debes desear que el camino sea largo, rico en aventuras y en experiencias, sin preocuparte de que los lestrigones, los cíclopes o la cólera de Poseidón hagan tambalear el desenlace del viaje; pero el poeta no sospechaba que ese camino se desvanece cuando sucesivas oleadas de envidiosos, incompetentes e impúdicos trabajan a fondo para borrar todas las orientaciones y rodales de la tradición que prometían conducirnos a dignificar la ciencia. Y pese a todo, ahí seguimos tenaces: ¡Qué sabe del amor quien no tuvo que despreciar lo que amaba!¹

Pero continuar ahí, en nuestro puesto, únicamente revela que somos adeptos y deferentes con los ideales académicos que heredamos de las escuelas europeas, mas no puede ocultar que hemos sido incapaces de imbuir aquel soplo en la generación de nuestros sucesores. Porque ha sido así, y bien que duele. Declaro que me siento, lamentablemente, fracasado, y no es una paradoja que aflore esa confesión cuando me dispongo a encarecer la impecable labor de mi mejor y más sereno discípulo, en quien se certifican por completo las expectativas e ilusiones más gratificantes para cualquier docente

¹ Nietzsche: *Was weiss der von Liebe, der nicht gerade verachten musste, was er liebte!*

e investigador sensato, a saber, que los grandes doctorandos acaben convirtiéndose en amigos y maestros de quien fuera su primer guía y mentor universitario, activando la eterna ley de vida que ordena a los jóvenes enterrar a los muertos.² Una vieja sentencia griega dictamina que “primero los jóvenes ascienden, como las viñas, por los melancólicos soportes de sus mayores; luego los viejos se apoyan en los tenues cuerpos de los jóvenes para descender a sus propias muertes”. Pero en la viña universitaria actual los jóvenes han decidido que no necesitan ni a los mayores ni a los maestros que les han precedido, y los ancianos marchamos a la tumba contemplando a quienes sin recato y con ignara desfachatez de pares ciegos pretenden desde el principio de su escaló dar lecciones *de omni re scibili* a los venerables modelos de la especialidad, sobre cuyos escritos andan ayunos. Estas deplorables camarillas ansían sólo poder y clientelas, pero discernimiento poseen poco; son grandes pasantes de facturas y agentes desahuciadores de despachos. En los párrafos siguientes explicaré con afecto y brevedad por qué José Carlos Bermejo ha cultivado con creces la excelencia académica, por qué conceptos es digno de admiración y respeto y por qué lo estimo como una alhaja, sin que renuncie a advertir alguna circunstancia histórica de nuestras existencias. Tómese todo ello no como una fría y obligada disección de su vida, ni como unas palabras de compromiso, sino como la atestación de un compañero de filas que ha compartido durante varios lustros las mismas trincheras y temporales, habiendo padecido las mismas deslealtades y celadas. Creo que con su jubilación, desdichadamente, se clausurará en nuestra disciplina un irrepetible abolengo del saber.

Escribir siendo ya octogenario algunos de mis recuerdos sobre la trayectoria y labores de un discípulo y amigo que llega a su pensión es tarea más bien desusada, pero ofrece la ventaja de haber conocido de primera mano el conjunto de sus actividades y, en particular, de su comportamiento moral. El Profesor Bermejo fue alumno mío en la especialidad de Historia en la Universidad de Santiago de Compostela desde el curso académico 1972/73, y nada más acabar la carrera un par de años después empezamos a comentar su posible dedicación a la Historia de la Antigüedad no entendida al modo de la época, sino adaptada a sus grandes inquietudes metodológicas, filosóficas y antropológicas que siempre orientaron su vocación y que hoy han culminado, como es sabido, en una serie extraordinaria de trabajos que abarcan la historia de las religiones y del pensamiento mitológico, la filosofía de la Historia, y la crítica certera de la tarea científica y del sistema universitario desde mediados del siglo XX, con todas sus sobras y faltas. Desde entonces hemos seguido estrechamente unidos por objetivos, por convicciones y por psicagogia³, y esa fidelidad al camino previsto y culminado ahora, en 2025, cual peregrinos recurrentes, ha sido la fuerza propulsora que me ha dictado la realización de este tributo colectivo que, como todo aquello en que muchos hemos colaborado, es producto modesto y en nada pretencioso, pero voto a Dios que muy justo y merecido. Resérvese para obsequiar a otros “grandes sabios”, como solía con donaire calificar a ciertos colegas nuestro inolvidable compañero compostelano Carlos Alonso del Real, la edición de voluminosos homenajes abiertos a todo el orbe académico y ahítos, si no de conocimientos, al menos de papel florete. A nosotros nos basta con dar a luz un impreso equilibrado y llevadero.

² Comparto la hipótesis acerca de la verdadera expresión evangélica [Mateo 8:22], en cuya tradición manuscrita la grafía *νεαποῦς* (“jóvenes”) se malinterpretó leyendo *νεκροῦς* (“muertos”, término que aparece correctamente citado dos palabras después), dando origen a esa contradictoria y enigmática expresión -parece un conjuro o encanto- de dejar que los muertos entierren a sus muertos. Y es que en la tradición judía correspondía a los jóvenes de la casa ocuparse del sepelio, y el discípulo a quien Cristo dirigió estas palabras quería ausentarse de otra elevada misión encomendada por el Maestro alegando la compasiva obligación del entierro; la excusa no estaba justificada, pues la tarea se hallaría ya cubierta por otros miembros familiares del grupo juvenil (no por los antepasados muertos). *Vid.* L. Herrmann, “Correction du κ en α dans une phrase de Jésus”, *REA* 83 (1981), 283 (agradezco a mi colega Genaro Chic este dato, que me transmitió en su día).

³ Algunos declararían que por idealismo, en el sentido puntualizado por Ortega y Gasset (“idealista es el que trata de introducir en el clima ambiente proyectos adecuados a otros climas; suele decirse también romántico e iluso”). Pero nuestro filósofo y ensayista remacha: “yo lo llamaría imbécil”, y no encuentro fundamento para objetarle esa *boutade* desde la órbita planetaria hispana.

No se espere, por tanto, que malgaste tiempo y patrimonio enumerando -y aún más imperdonable: glosando- los escritos de nuestro colega. Podrán hallarse en la relación de publicaciones que figura a comienzos del libro, así como los datos referidos al trascurso de su carrera académica; sus escritos han sido ya juzgados y apreciados con aplauso por buenos profesionales (el haber sido silenciados por ciertas corrientes de ensimismamiento tribal es otro punto a favor). Es lo mínimo que debería entregarse cuando alguien se jubila en un país que no guarde rencores seculares⁴: recibir, como el legionario romano, un sobrio testimonio de la *honesta missio* de manos de otros colegas, porque en caso contrario nada cabe reprochar al ingenio de aquel profesor italiano de derecho procesal que, ante la certeza de que su Facultad no preparaba nada en conmemoración de su despedida, aprovechó la sensibilidad de una revista para escribir un largo artículo “en elogio de mí mismo”. Buena lección, ante el espectáculo de cuántos mediocres apadrinados por los claustros lucen su correspondiente cuadernillo de agasajo. Sin embargo, reproducir el listado de ambas realidades (escritos y currículum) no es suficiente para quien desconoce la obra escrita de Bermejo o ha leído más bien pocas de sus aportaciones: a ellos, lectores ocasionales de esta introducción (historiadores, filósofos, filólogos, prehistoriadores y arqueólogos, politólogos, juristas, sociólogos, antropólogos, hispanistas, amantes del viejo y eterno Humanismo), sólo puedo recomendarles que se persuadan y disfruten leyendo u hojeando las aportaciones de Bermejo a esos distintos campos, con la seguridad de que saldrán enriquecidos. No es difícil, porque especialmente sus monografías suelen figurar en casi todas las bibliotecas todavía llamadas universitarias de las distintas satrapías peninsulares.

En cambio, quienes pertenecen a la misma especialidad que Bermejo y campos afines por él estudiados no necesitan que nadie vaya desgranando por secciones lo más relevante de su contribución histórica, tanto en relación con el Mundo Antiguo -¡especial atención, además, a sus precisiones y advertencias sobre la protohistoria de Galicia!- como sus fructíferas incursiones en los problemas contemporáneos del mundo y de la civilización (economías, guerras, Estados, instituciones sociales y políticas, sin perder de vista su aportación analítica en gacetas y periódicos) y sus aportaciones a la Historia teórica o epistemología histórica, cultivando una filosofía crítica de la historia. La mayoría ya la conocen y, sin ninguna duda, han obtenido rendimiento de sus entramadas y originales construcciones; de ahí que mi plan únicamente se contraiga, para finalizar el prólogo, a deslizar algunas impresiones y recuerdos sobre las cualidades humanas y la fuerte personalidad que siempre ha atesorado José Carlos Bermejo Barrera, perseverantemente, sin mengua ni apostasía.

Mi primera reflexión debe evocar la época de la formación de postgrado, que Bermejo complementó con una estancia de dos años en París, coincidiendo con la agonía final del régimen franquista. En el *Coloquio de los perros* sugiere Cervantes que “el andar tierras hace a los hombres discretos”, idea que coronó sutilmente Saavedra Fajardo afirmando que “ninguna juventud sale acertada en su propia patria”. Como era lógico, esa época y energías desplegadas en sede universitaria francesa incrementaron en nuestro homenajeado lúcidas vías de investigación de la mano de Marcel Detienne, siendo acogido por los mejores institutos superiores de investigación, pero para ilustrar esa etapa ruego encarecidamente la lectura del Apéndice que figura por contera en esta introducción. De ese modo, a su regreso a España y cuando también llegó a Santiago como Profesor Agregado Fco. Javier Lomas Salmonte coincidimos como docentes de la Historia de la Antigüedad tres estudiosos que proveníamos de distintos hontanares: de la tradición alemana de la *Alte Geschichte* (yo mismo, vía Freiburg), de la *Ancient History* norteamericana (Lomas, vía Berkeley), y de la *Histoire Ancienne* de Francia (Bermejo, vía París), y algo inculcamos entonces de esa diversidad para afán del alumnado (aliciente que cada uno, estoy seguro, logramos mantener en nuestros respectivos destinos).

⁴ Y donde, podemos añadir, no prospere la consideración aforística madurada por Logan Pearsall Smith: ¡*Cuán insípida e ininteligente puede hacerse la gente sólo con intentarlo!*

El segundo aspecto que quiero reseñar acerca de su persona es el de su absoluta dedicación y profesionalidad, cualidades de las que no andan sobradas las aulas. Suele circular una pernicioso tergiversación, difundida frívolamente por elementos torpes y por quienes “trabajan muy activamente en cantidad para no laborar en calidad”, según la cual la tarea primordial del profesor universitario sería la investigación -entendida como publicación del producto que salga de la azotea, aunque sean atrocidades o migajas de poca monta-, pero no la docencia irreprochable de las asignaturas, que integra precisamente la médula de su función social. Es un enfoque absolutamente disparatado y torticero. De mis maestros oí, en Salamanca y en Alemania, que la primera obligación del profesor son las clases, y que la investigación no es sino el resultado natural de cuanto debe leerse, preguntarse y tal vez resolverse para actualizar cada año la docencia. Luego, los problemas que uno encuentra en sus lecturas son el estímulo que induce a explicarlos, cuando es factible, en forma de notas, artículos o monografías. No ahondaré en esta cuestión, pues no procede en un prefacio, pero sí añadiré dos datos: el sistema lo han viciado, por un parte, la exigencia desmedida de los supervisores del mercadeo universitario creando estándares de productividad sobre los que reposan las subvenciones estatales y la adjudicación de las remuneraciones del profesorado; por otra, la pasividad e indolencia de los docentes, que no se hallan dispuestos a “derrochar” a diario un buen puñado de horas leyendo las principales revistas y libros de su especialidad que salen al mercado, y de cuya existencia informan las consiguientes recensiones. Es una tarea ingente, pero no existe otra para actualizar los conocimientos a transmitir en las lecciones. La solución suele ser leer poco -con suerte y ganas, sólo lo que afecta a un campo parcial de su materia, que coincide muchas veces con el tema sobre el que giró la tesis doctoral-, dar las clases en formato no magistral, sino de trapillo, y dedicar el tiempo a incrementar la hoja de servicios y estabilizar la cuenta bancaria recurriendo al parto más o menos prematuro de unas cuantas páginas, para lo que se busca incluso asociar en la redacción a otros cofrades o vasallos. Mi experiencia me demostró, cuando llevaba ya un tiempo trabajando en temas de la Antigüedad y solía leer libros de homenaje y recopilaciones de obra completa o dispersa, que aquellos espejos a quienes admiraba y que nos dejaron en herencia tres o cuatro monografías consideradas clásicas habían escrito unas decenas de títulos (recuerdo un caso que rozaba menos de cincuenta); y sin embargo, como era de esperar, sus lecciones gozaban todavía del aura de respeto y asombro de quienes compartieron la dicha de asimilarlas, signo inequívoco de una profunda y ferviente dedicación a la docencia. Ellos supieron, infiero, sobrellevar el peso que revelaba Ortega considerando que “la inmensidad de la ciencia obliga a que el trabajo científico se produzca en una dispersión de especialidades, de suerte que el especialismo es, a la vez, una necesidad y una contradicción de la ciencia”,⁵ y la manera de superar la contradicción pasa por conocer toda esa disgregación, en sus formas actuales, para poder traspasar sus contenidos al alumnado. Si después cabe publicar ideas propias y resultados sugestivos, y éstos son de interés científico, imagino que todos nosotros y todas “las especialidades” quedaremos satisfechos.

¿Y a qué obedece este preámbulo? Pues a poner de manifiesto una de las que, en mi opinión, cuentan como virtudes esenciales de nuestro protagonista. Creo recordar que en un 90% de las ocasiones en que me dirigí al despacho de José Carlos, mañana o tarde, estando en Santiago o cuando era simple visitante o huésped de la Minerva Compostelana (Alonso del Real *dicebat*), allí encontraba ante su mesa al Prof. Bermejo rodeado de holgadas filas de libros y en plena lectura. A menudo me he preguntado en qué momentos y a qué horas redactaba sus trabajos, pues su jornada facultativa era siempre completa y estaba consagrada al modo de vida que ponderó George Steiner: “para quien concibe la investigación y la enseñanza de una manera dinámica, el verdadero docente no puede dejar de ser, a la vez, estudiante durante toda la vida”. Pero asimismo me venía a la mente una anécdota que narraba el Prof. J. Herrmann, papirólogo e historiador del Derecho Romano, acerca del consejo

⁵ J. Ortega y Gasset, *El espíritu de la letra*, ed. Espasa-Calpe (col. Austral 1370), Madrid, p. 74.

que recibió del gran epigrafista y sabio francés Louis Robert cuando en los años 50 le preguntó en París cómo debía familiarizarse con inscripciones y papiros. Su respuesta fue lacónica: “*lire, lire, lire, toujours la plume à la main*”. Esa directriz es tanto más valiosa cuanto que Robert nos orienta en dos extremos: en que el trabajo de investigación debía seguir todos los caminos, no sólo la pista de los hechos, las personas, los autores y las épocas, sino particularmente de los problemas pertinentes; y, por añadidura, en que para resolver los problemas de todo orden que nos salen constantemente al paso en nuestras indagaciones sociales e históricas debemos volcarnos en la sólida bibliografía, hoy tan olvidada, que se gestó a lo largo del siglo XIX y continuó durante la mayor parte del XX -así como en la de nuestra propia época-, porque en esa constelación de impresos se ocultan cientos de problemas muy bien enfocados y muy bien explicados, sobre los cuales debemos ir tomando nota para avanzar en futuras pesquisas, evitando cometer el desatino de dar por no averiguados asuntos que ya estaban sondeados y eran palmarios. Excuso decir que contemplar a Bermejo leyendo sobre incontables temas, siempre con el bolígrafo en la mano, era para mí un estímulo y el modelo de investigador más reconfortante con que pudiera tropezarme en la Facultad.

Es evidente que ese carácter minucioso y eficiente contribuyó a desarrollar otra faceta descolante de Bermejo, a saber, que su adscripción profesoral a un campo de conocimiento concreto, como era la Historia del Mundo Antiguo, no fue escollo para que su espíritu diese pronta acogida a una curiosidad universal que englobaba la filosofía y la lógica, la economía y las ciencias fisicomatemáticas, la conciencia religiosa y los pensamientos míticos, familiares, sociales y políticos. Varias de estas tendencias se reflejarían pronto en los enfoques y contenidos que alentaban sus clases y en las ideas escogidas para sus publicaciones de investigación y de ensayo, e incluso para opúsculos divulgativos. A nadie extrañe, por consiguiente, que sus últimos libros estén centrados en analizar circunstancias y tramas de la Edad Contemporánea engarzadas en el bastidor de ese organismo vivo que es el hombre y sus reacciones morales -por individuos, por géneros, por colectividades-, que arrancan a menudo desde contextos ya prefigurados en la Antigüedad y en la Edades Media y Moderna, a los que nunca es ajeno el Cristianismo (y su variante, el Protestantismo).⁶ Según reza una máxima proverbial, “a mayor saber, mayores inquietudes”, y ya insinuó B. Russell que siendo bueno todo conocimiento, esa pasión debe desarrollarse, porque sin ella nadie puede pensar adecuadamente sobre temas abstractos ni nadie puede reflexionar profundamente impulsado sólo por un mero sentido del deber.

Mi semblanza estaría incompleta si no recogiese otro atributo de su persona, como ha sido el compromiso generoso respecto a la Facultad y sus compañeros. Durante bastantes años, Bermejo no rehuyó la carga de representarlos como Decano, lo que cumplió con honestidad y desprendimiento. Quien ha estudiado fuera de nuestra patria sabe que desempeñar cargos de esta naturaleza constituye un sacrificio nada apetecible que el resto de colegas agradece y compadece francamente, pues libera al resto de la densa tarea administrativa, permitiéndoles centrarse en su secuencia intelectual ordinaria. Bermejo se ajustó perfectamente a esa forma de desempeño exacto e imparcial. No ocurre así en muchos centros de enseñanza superior, donde impera, por fas o por nefas, la línea que esquematiza Ordine: “persiste en formas muy distintas y más sofisticadas una supremacía del *tener* sobre el *ser*, una dictadura del beneficio y la posesión que domina cualquier ámbito del saber y todos nuestros comportamientos cotidianos. El *aparentar* cuenta más que el *ser*, y lo que se muestra es mucho más valioso que la cultura o el grado de instrucción”.⁷ Es en tales sitios donde el decanato suele atraer al profesorado como una perversa golosina que agiganta el aparentar y, sobre todo, el tener. Codiciar

⁶ Citaré exclusivamente los tres últimos títulos: *El gran virus. Ensayos para una pandemia*, 2020; *Las guerras de la doble moral. Una retórica de la guerra*, 2023; *Afganistán. Historia de un Estado fallido*, 2024. La monografía de 2023 está citada en nota a mi trabajo sobre Olimpia y la paz “fantasma” durante los Juegos (la fabulación sobre la paz es producto de la Edad Contemporánea).

⁷ N. Ordine, *La utilidad de lo inútil. Manifiesto*, edit. Acantilado (Acantilado de bolsillo, 36), Barcelona 2013, p 28.

ambas metas suele ser síntoma inequívoco de que nos hallamos ante uno de esos centros que carece de excelencia y altura, ocupado de ordinario por seres acomplejados.

Pero su compromiso ha sido mucho más amplio, pues atraviesa otra vertiente social positiva. Me refiero a la devoción de Bermejo por defender la verdad, a su lucha constante contra el error, a anteponer cotidianamente el pensar crítico sobre el pensar dogmático. Según Platón (*Teeteto* 173 a-b), los hombres que en realidad no son libres se encorvan y se tuercen tantas veces que llegan a la madurez sin nada sano en el pensamiento; ahora bien, ellos creen que se han vuelto hábiles y sabios. José Carlos ha vivido hasta su jubilación coherentemente erguido, y cabría aplicarle lo que dijo del padre Nieremberg su biógrafo: docto con los sabios, pero con la templanza del humilde; sufrido con los ignorantes y muy inclinado a su enseñanza; con los que trataban de virtud, más compañero que maestro. He conocido y congeniado en mi vida universitaria con dos figuras insobornables: una es la del catedrático de Lingüística Indoeuropea, cuyas clases tuve la fortuna de seguir en Salamanca, Koldo Mitxelena (fallecido en 1987). Viene aquí muy a cuento, para que no permanezca en el olvido, el retrato que sobre su entereza trazó un Diputado foral vasco: “Mitxelena no era cómodo porque jamás condescendía gratuitamente. En el terreno intelectual y en el de las ideas, quiero decir. Liberal y tolerante, por principio. Condescendiente por pusilanimidad o por comodidad, nunca. Y ello le llevaba a colisionar tanto con tirios como con troyanos, incluidos abertzales de viejas y jóvenes generaciones, ante quienes no transigía a la pretensión de «ceda usted, aunque no le convenzamos, y le veneraremos». Creo que ese talante, intelectualmente riguroso y moralmente insobornable, lo observó hasta el final, con los inconvenientes y colisiones que ello le deparó”.⁸ Mi clarividente lector ya habrá presentido que la segunda credencial para ese título corresponde, así quiero compartirlo, a Bermejo. En Santiago ha quedado constancia de bastantes historias sobre su tenacidad en la defensa de lo más justo, su denuncia pública de incoherencias, vicios y despropósitos (particulares y colectivos), su recto sentido del deber en juntas y otras sesiones, así como el haber cantado las cosas claras sobre numerosos temas -históricos o no- poco complejos, pero oscurecidos por los solapados y los nigromantes. Es del dominio general que esa dinámica le condujo igualmente a colisionar con tirios y troyanos, pero su cédula quedó impoluta e insobornable y sus principios bien arraigados, ratificando el apotegma chino de que no posee verdadera hombría quien no se hace cada día un enemigo. Y puesto que hemos migrado hasta el Oriente lejano, evoquemos al viejo Mencio cuando manifestaba que “establecer vínculos de amistad con alguien es entablar amistad con su virtud: no debería haber ninguna otra razón para la amistad; y, sin embargo, los hombres quieren que entablemos también amistad con su vicio”. Las colisiones derivan solamente de esa burda pretensión (“ceda usted, mire hacia otro lado, no sea tan rígido”, etc.). Mas para mí, la imagen de Bermejo permanecerá inalterablemente esclarecida por no haber cedido ante las farsas, maquinaciones y afrentas, y por haber chocado con variadas categorías de acomodadizos.

Una variante de este su compromiso, que solamente puede despuntar en ciertos territorios, es la de no transigir con las reconstrucciones de datos materiales o simbólicos supuestamente históricas salidas de algunas mentes entusiastas que pretenden reivindicar la distinción e importancia de sus ancestros, a veces ya desde la prehistoria. Resulta obvio que estoy aludiendo a sus aportaciones críticas respecto a las teorías y doctrinas sobre la primitiva realidad de Galicia (véase la bibliografía). La contribución de José Carlos en esta labranza ha sido sistemática y rigurosa, pues no en vano posee las bases metodológicas y una amplia perspectiva histórica, que comprende toda la Antigüedad europea, así como la familiaridad con problemas sociales concretos que no le impiden ver el bosque, sino, al contrario, le ayudan a ensamblar las piezas en el constructo adecuado. Porque aquí es donde

⁸ Vid. I. Murua, prólogo a la obra Luis Michelena, *Sobre Historia de la Lengua Vasca I* (Anejos del Anuario del Seminario de Filología Vasca «Julio de Urquijo» 10), Donostia-San Sebastián 1988, p. XIV. Yo mantengo todavía en mi corazón a Michelena, a quien visité en París en 1970 cuando estaba como profesor invitado por Martinet en La Sorbona.

debemos ensalzar las sanas meditaciones de Bertrand Russell: “la esencia de la sabiduría consiste en emanciparse, en la medida en que esto es posible, del aquí y del ahora. Es necesario aproximarse continuamente a la imparcialidad, conociendo, por un lado, cosas algo alejadas en el tiempo o en el espacio, y concediendo, por otro, a tales cosas su debida importancia en nuestros sentimientos. Es esta aproximación hacia la imparcialidad lo que constituye el desarrollo de la sabiduría... Quien tiene los conocimientos históricos precisos deberá revestir los hechos con los elementos que les sean apropiados en forma de analogía, pasión, ironía, etc., componiéndolos con la unidad de un esquema a la manera de una obra dramática. Lo que la Historia puede y debe hacer es proporcionar una cierta serenidad de espíritu, un cierto modo de pensar y de sentir acerca de los acontecimientos contemporáneos y de su relación con el pasado y el futuro”. Serenidad de espíritu, esa es la clave donde apoya Bermejo este linaje de estudios, *malgré l’opportuniste fanatique*.

Fácilmente se entiende que el conjunto de estos compromisos generara no sólo colisiones contra meteoros de variada índole y percal, sino que estimulase una bajeza muy actual calificada por los politólogos como “espiral del silencio” y que se practica contra los que ejercen una oposición al pensamiento dominante, cuando éste decide que el hereje debe ser mancillado. También se les busca a tientas cualquier minucia de incorrección política o académica (¿quién decreta qué cosa sea eso?), cuando no personal, para aplicarles de forma agresiva “la cultura de la cancelación”. Entonces se ha convertido ya en un perfecto heterodoxo frente al sistema. Muchos conocemos tales sinsabores, que afectan además al silencio peninsular guardado sobre la obra escrita, cuando se quiere dejar al hereje excluido o estigmatizado. Por eso me limitaré a remitir a tirios y troyanos a la confianza que exteriorizó el ensayista de Prada: “cuando la ciudad (léase la ciencia, la universidad, el rectorado, la facultad, el claustro, el ministerio, la consejería, las comisiones, καὶ τὰ ἄλλα) queda dominada por fanáticos y expulsa a suficientes herejes al desierto, con el tiempo se ven puntos de luz en la lejanía a los que el hereje termina acercándose. Y allí se encuentra a muchos otros desterrados y brota una nueva comunidad, con lo que acaba estando mucho mejor a la intemperie que protegido por los altos muros de la *pólis*”. Sospecho, por último, que tampoco se ha perdonado a Bermejo su desapego por las cosas terrenales, que a los pobres de espíritu quitan el sueño, como son el formar parte de tribunales, el mendigar y luego controlar proyectos de investigación, nacionales o locales (pero los euros hacen el mismo tintín), el erigirse en inquisidor cunero para legitimar un sistema viciado de los méritos sexenales ajenos (pues los propios y los de los amigos quedan a salvo), el huir de los papeleos y cantos de despacho que descentran y merman la verdadera esencia universitaria. Son vanaglorias impropias de su calidad y de su apacible retiro, pues él sí puede recitar con Horacio (*Epist.* I 1, 11): “Me desvelo e inquiero por cuanto es verdadero y decoroso, y en ello estoy enteramente ocupado” (*Quid verum atque decens curo et rogo, et omnis in hoc sum*).

Solía repetir uno de mis queridos escritores muertos, con los que resulta conveniente hablar a menudo por sugerencia de Quevedo y Gracián, que decir verdad es nobleza, callar cuando se ha de hablar, cobardía. La calidad del trabajo está sujeta, entre otras cosas, a la riqueza de la vida, ya que, en palabras de Bergson, lo que nosotros hacemos depende de lo que somos. Espero haber congregado en este introito mi cariño y admiración por la vida y obras del Prof. Dr. José Carlos Bermejo, felicitándome al unísono por la fortuna que recayó en mi venerable Universidad de Santiago gracias a su labor sabia, dinámica y prudente, y en no menor medida a su sensible clarividencia para instruir a la sociedad de su entorno. “La mayor de las recompensas para un maestro es lograr el compromiso de aquellos alumnos a los que considera más capaces que él mismo, de aquellos cuyas capacidades generarán, deberían generar en el futuro, logros mayores que los del propio maestro. Su éxito es para mí una recompensa enorme”; así lo reconocía George Steiner en un pasaje citado por Nuccio Ordine.⁹ Quede

⁹ N. Ordine, *George Steiner, el huésped incómodo. Entrevista póstuma y otras conversaciones*, edit. Acantilado (Cuadernos del Acantilado 115), Barcelona, 2023, p. 27.

constancia también públicamente de que los logros y éxitos de nuestro homenajeado se muestran para mí, en este escalón de mi existencia, como un regalo divino. Doy las gracias asimismo al concilio de amigos y compañeros que han contribuido a hacer posible la edición de este *munus* académico, en tiempos de tribulación y evanescencia del evangelio de los buenos preceptores universitarios, que están apagándose paulatinamente sin poder legarnos progenie discipular; a mi querido y coetáneo colega Fco. Javier Lomas Salmonte por su cooperación y estímulo; al Prof. Manel García Sánchez por su inestimable ayuda editorial y al Prof. Dr. José Remesal, emérito de la Universidad de Barcelona y Académico de la Historia, en su calidad de generoso benefactor por su pronta acogida del libro en la serie *Instrumenta*.

Prof. Dr. Francisco Javier Fernández Nieto
Excatedrático de Historia Antigua de
la Universidad de Santiago de Compostela

APÉNDICE - *J. C. Bermejo Barrera: Mis comienzos en la Universidad*¹⁰

En principio, yo hice el preuniversitario por ciencias para estudiar Físicas. Pero la lectura de libros de filosofía me hizo cambiar a Filosofía y Letras con gran disgusto de mi padre, que profetizó que me iba a morir de hambre. Durante toda mi carrera en Santiago, parte de mi formación fue autodidacta y se debió a que compraba todos los libros que podía. De hecho daba clases particulares en los veranos para tener dinero. En segundo curso de comunes me había leído las tres críticas de Kant, que tenía, a Hegel y muchos filósofos más. Y a través de la filosofía llegué a Lévi-Strauss. En esa época se traducían muchísimos libros que no estaban presentes en la universidad de ninguna manera. Llegué a la conclusión de que tenía que pasarme de la filosofía a la historia, entre otras cosas porque la filosofía en España estaba en manos de los neoescolásticos. El primer trabajo que hice para el Profesor Alonso del Real en la asignatura de Historia Universal fue sobre el pensamiento prefilosófico en Egipto y Mesopotamia, y decidí seguir en esa línea. Alonso del Real era uno de los escasos profesores que tenía nivel intelectual, pero sus clases y sus libros en mi época eran más intuitivos que metódicos. Y aunque aceptó dirigirme una tesina, que hice solo, no veía que pudiese ayudarme en mucho. De hecho me dijo que si quería trabajar en mitología me podía recomendar a Rodríguez Adrados.

El método que faltaba en las clases de Alonso del Real lo había en las de Fernández Nieto, que tenía una visión igualmente amplia de la historia, pero sistemática. Por eso me dirigí a él pidiéndole si me quería dirigir la tesis. Yo tenía garantizada la beca de FPI (Formación de Personal Investigador) gracias a mi buen expediente, pero él me pidió que le dejase leer mi tesina y luego me daría una respuesta, y me puso la condición de que tendría que irme al extranjero, lo que se podía hacer automáticamente cambiando la asignación de la beca y pasando a cobrar el doble. Cuando accedió a ser mi director, me dijo que él no era especialista en mitología y que tenía que buscar un profesor extranjero que lo fuese, para dirigirse a él pidiéndole que me acogiera. Le dije que el más adecuado sería Marcel Detienne, al que escribió y quien me aceptó en la *École des Hautes Études*. A Detienne le expuse la idea de mi tesis y me envió a hablar con tres personas para que me dijese si era viable o no. La primera fue Maurice Godelier, que era antropólogo en el *Collège de France*, y que me dijo que ese tema era viable. Lo mismo me aseguraron Françoise Bader en la *École des Hautes Études* y Francis Vian, que había publicado un libro fundamental sobre el ciclo tebano.

¹⁰ Por su objetivo interés y franqueza, me he permitido dar a conocer en este lugar los tres folios autobiográficos redactados por el Prof. Bermejo en otras circunstancias académicas.

En París trabajé en la biblioteca de la École Normale Supérieure gracias al carnet que me facilitó Marcel Detienne, que asimismo me facilitó un carnet de estudiante para poder comer en el comedor universitario, a lo que no tenía derecho porque no estaba matriculado en la École des Hautes Études, a la que, como muchas otras personas, asistía como oyente libre, pues para poder estar matriculado en la EHE debías estar haciendo la tesis en Francia. Seguí durante el curso 75-76 semanalmente el seminario de Marcel Detienne sobre el mito de las Danaides, al que asistían normalmente Pierre Vidal-Naquet y Jean-Pierre Vernant, y otros profesores que venían de fuera. Comencé también el seminario de Vidal-Naquet sobre la democracia ateniense, pero lo tuve que dejar por falta de tiempo. Lo que se aprendía en el seminario de Detienne era cómo se estudiaba un tema partiendo del análisis exhaustivo de las fuentes, de la bibliografía existente y explicando las interpretaciones posibles, que eran discutidas por las personas más instruidas del público. Eso se hacía con las exposiciones de Detienne o las de los invitados. Esto para mí era un mundo totalmente desconocido, un mundo que por cierto ya ha desaparecido.

En la biblioteca de la ENS había más de dos millones de libros. El acceso era restringido y directo. Había unas mesas enormes en las distintas zonas donde los libros estaban perfectamente catalogados por temas. Uno podía entrar allí sin saber una palabra de mitología griega y aprenderlo todo simplemente leyendo. Yo entraba a las 9 de la mañana y salía a las 6 de la tarde con media hora para comer, porque tenía que aprovechar el tiempo lo máximo posible. De hecho un día que llegué diez minutos tarde la bibliotecaria me dijo: “señor Bermejo, llega con diez minutos de retraso”. Una de las grandes sorpresas que me llevé fue ver que entre las revistas estaban ni más ni menos que los números 1 y 2 de la revista *Gallaeia*. Estaba claro que lo tenían todo. Además de poder trabajar allí con toda tranquilidad, dejando los libros en la mesa con una tarjeta con mi apellido para que no los recogiesen, en la biblioteca se ofrecían dossiers fotocopiados por temas con introducciones y bibliografías exhaustivas sobre temas como epigrafía griega, papirología, y otros más, escritos por especialistas y que servían como orientación gratuita. Aún conservo algunos, ahora amarillentos.

Básicamente esa fue mi labor en París. La EHE no era una facultad ni un centro de investigación propiamente dicho, sino algo mucho más abierto, pero el nivel de los asistentes era muy alto y se podía aprender muchísimo. Intenté ir al Collège de France a los cursos multitudinarios de Lévi-Strauss y Michel Foucault, pero no tenían nada que ver con la École. Eran conferencias magistrales, sin intervenciones, que se presentaban casi como un espectáculo masivo para oír hablar a dos genios.

Cuando volví a Santiago y comencé a escribir la tesis ya sabía cuál era el método que tenía que aplicar: centrarme en un tema (Hesíodo y el ciclo tebano), leerme primero toda la bibliografía, cosa que había hecho en París porque en Santiago no había prácticamente libros, y estudiar cada mito a partir de las fuentes, cosa que sí se podía hacer en Santiago porque las fuentes estaban al alcance. Así escribí mi tesis, que fue leída con el máximo detenimiento por mi director. No así por alguno de los miembros del tribunal que la juzgó, como el gran pilar de la historia antigua José María Blázquez, que al salir del Paraninfo me dijo: “Oye, no pensarás que me he leído tu tesis”, a lo que le contesté respetuosamente: “No, claro que no”. Por suerte el Prof. Martín Sánchez Ruipérez, el gran micenólogo de Salamanca, sí que se la había leído de cabo a rabo, y como era el que tenía más autoridad recibí el beneplácito del tribunal. Acabada la tesis, mi director me dijo que tendría que aprender la historia antigua preparando e impartiendo todas las asignaturas de la especialidad. Eso me llevó cuatro años más o menos, pero así aprendí también a dar clase. En aquella época se leía todo lo que iba saliendo de historia antigua, que era muy poco comparado con la actualidad, y mi director y yo hojeábamos y leíamos los números de las revistas que había en suscripción para saber cómo iba evolucionando la investigación. Esta disciplina para el estudio fue algo que me enseñó mi director, que pensaba que el trabajo universitario era una disciplina muy seria. ¡Cosas del pasado!